



DOÑA PAQUITA

Pilar Sánchez Álvarez

DOÑA PAQUITA



Primera edición: junio 2023

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Pilar Sánchez Álvarez

ISBN: 978-84-19748-96-6

ISBN digital: 978-84-19748-97-3

Depósito legal: M-18639-2023

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A todos los ohanenses repartidos por el mundo,
porque en su pueblo descubrí el significado de la belleza, un
pueblo donde la vista disfruta de unos paisajes hermosos
acompañados por el ruido del silencio, que me transportaron al
mundo mágico de los sueños.*

Preámbulo

Cuando el director de la residencia me llamó para darme la noticia, me quedé bloqueado, sin saber qué decir ni qué hacer.

¡Doña Paquita ha muerto! No me lo podía creer. El domingo anterior habíamos estado comiendo todos, mi familia y la de mi hermana, una paella en un chiringuito de la playa, en el Zapillo, para celebrar la nota sacada por el nieto de mi hermana, 13,85 en Selectividad, lo que le permitía entrar sin problemas en Medicina, porque quería ser médico como su padre.

Doña Paquita estaba feliz de verse rodeada de todos nosotros, sus niños, como nos llamaba a María y a mí, niños ya jubilados y con bastantes nietos, porque mi hermana y yo siempre lo fuimos para ella.

Cuando colgué el teléfono, me senté como atontado y sin comprender del todo la noticia; llamé a mi hermana y a esta, después de llorar y de varias exclamaciones de dolor y de pena, le apareció su vena práctica e inmediatamente lo organizó todo.

Doña Paquita nos había referido en numerosas ocasiones, siempre en tono jocoso y distendido, su deseo de ser incinerada y llevadas sus cenizas al nicho de Arturo, su marido, en el cementerio de los Cinco Olivicos de Ohanes. Y eso lo íbamos a realizar a rajatabla.

Una vez recuperado de la conmoción, llamé al director para que enviase su cuerpo al Tanatorio-Crematorio Sol de Portocarrero, donde acudiríamos la familia. En ese momento me encontraba en Granada, por lo que tardé dos hora en llegar, y al entrar en la sala

totalmente abatido, me llevé una gran sorpresa. La sala estaba llena de gente y había como unos treinta ancianos, algunos en silla de ruedas.

Me acerqué al director de la residencia, quien al verme, con verdadera tristeza, me comentó:

—Han querido venir sus compañeros, porque la querían de verdad. Siempre, antes de hoy, cuando un anciano moría, nadie decía nada, no preguntaban, fingían no darse cuenta de su pérdida, pero se masticaba la tristeza en la residencia. Doña Paquita me pidió hace tiempo que en el comedor diera la noticia de su muerte porque se merecían ser tratados como adultos y no como niños y que, al comunicarla, les comentara que no estuviesen tristes porque ella era feliz porque se iba con su marido. Pedía perdón si les había hecho algo malo en esos años vividos juntos —siguió el director— y les informé de que ella quería expresarles su agradecimiento por el cariño recibido de ellos.

—¿Y lo ha hecho usted? —comenté, sabiendo la respuesta.

—Esta mañana, he entrado en el comedor a la hora del desayuno y he dicho exactamente las palabras confiadas por ella. Se ha armado un revuelo y todos los ancianos han querido venir al tanatorio para despedirse y, además, también quieren venir mañana al entierro. Hemos traído a los que se podían mover, porque hay otros ancianos inválidos imposibles de transportarlos.

Después de hablar con el director, me fui acercando a las personas de Ohanes que vivían en Almería, pues, al enterarse de la noticia, se habían llamado unas a otras y acudido al tanatorio.

Esa noche decidimos quedarnos solo mi hermana y yo en el tanatorio, pues eran los últimos momentos de estar con ella, y nuestros sentimientos afloraron. Lloramos, reímos, recordamos... pero creo que, a pesar de nuestros años, ambos tuvimos la sensación de orfandad. Era doña Paquita, pero para nosotros era nuestra madre.

Hicimos lo previsto: después del entierro, con la capilla totalmente llena y con las palabras bonitas dichas por el capellán de la residencia, cogimos las cenizas y todos nosotros, hijos de mi her-

mana y míos, maridos y mujeres, nietos, todos, subimos al pueblo para llevar sus cenizas. Y al llegar, no sé quién llamaría por teléfono al pueblo, en el cementerio estaba el pueblo entero esperándonos. Estaban sus alumnas, sus antiguas alumnas, sus mujeres de los quesos, sus compañeros y familias enteras, porque ese día los hombres de Ohanes no habían ido al campo y descansaron los campos.

El párroco nos dijo que le diría una misa en la iglesia cuando pudiésemos nosotros, porque el alcalde había decidido que el Ayuntamiento en pleno, con todos los concejales, debería estar presente para darle el último adiós.

Nos volvimos a nuestras casas, mi hermana a Almería y yo a Granada, con el corazón roto y las lágrimas fáciles, cuando al cabo de diez días me llamó por teléfono Miguel, un compañero de carrera, notario en Almería, para decirme que tenía el testamento de doña Paquita.

Me extrañó lo del testamento porque no teníamos ni idea de su existencia y porque, además, a mí me había donado hacía ya mucho tiempo la casa palacio de la calle de las Tablas de Granada y a mi hermana su piso de 300 metros, enfrente de la catedral de Almería, y el piso de la playa del Zapillo nos lo había dejado a los dos, pro indiviso.

Quedamos para el fin de semana siguiente, es decir, iríamos el viernes por la mañana, pues aún debíamos recoger algunas cosas de la residencia y hacer algunos papeleos en el banco.

Y cuando llegamos a la notaría, María y yo recibimos una noticia sorprendente. Después de leer los preámbulos del testamento, pasó a los legados. A mi hermana le dejaba su casa de Ohanes y a mí una finca en el Castañar, llena de olivos en plena producción. A su amiga Almu le dejaba su collar de perlas, los pendientes compañeros y el broche en forma de pavo real de brillantes y piedras preciosas, regalo de Arturo al casarse, así como el chal de encaje granadino que tanto le gustaba.

Y aquí viene la gran sorpresa: nos dejaba acciones de Telefónica, del Santander, de Iberdrola, de Apple, de Acciona y de Ferrovial, además de 300.000 euros en el banco.

¡No podía ser! Ella siempre había vivido ayudando a todo el mundo y muy modestamente.

Mi amigo Miguel terminó riéndose de nosotros por nuestro estupor e incredulidad.

—El día que vino a hacer el testamento, cuando dejó Ohanes para venir a la residencia, me vaticinó vuestra sorpresa y se reía pensando en vosotros y en vuestro asombro ante esto —nos dijo Miguel, y continuó—: Tengo una carta sellada para entregaros.

Cuando salimos de la notaría, decidimos recoger las cajas de la residencia y llevarlas a Ohanes, porque al día siguiente se celebraría la misa solemne por ella.

Cuando llegamos, abrimos la carta, escrita en el ordenador, indicándonos esta característica que la escribió antes de dejar el pueblo, y no podíamos terminar de leerla por los sollozos de los dos. Nos daba las gracias por haberla hecho tan feliz, que nos quería como una madre, pero nos pedía que nunca olvidásemos a la nuestra, a la Chispas, nuestro origen, del que nos debíamos sentir orgullosos, de nuestro pueblo que tanto nos había dado...

Seguía con frases donde nos demostraba su amor hacia nosotros y después nos mandó abrir una libreta de tapas rojas que se encontraba en su mesa de trabajo. Allí había apuntado todos los préstamos hechos a más de la mitad de los habitantes del pueblo con la orden de anularlos todos.

Y a la otra mitad, quería que le diésemos un regalo en metálico, bien para comprar el traje de novia de la nieta del Chepao, bien para arreglarle los dientes al pequeño del Piojo, y así una lista de cosas.

También nos rogaba que pagásemos seis meses de misas al párroco porque «tiene muy poco sueldo» y como ella venía encargándole misas por todos los suyos hacía varios años, no quería dejarlo sin esa ayuda. También en el cajón había dinero en un sobre para comprar un manto nuevo para la Virgen de Tices.

Y nos explicaba lo de las acciones. Con el dinero de su padre, doña Soledad lo invirtió durante años, produciéndole grandes beneficios. Y con el dinero de Sebastián, Arturo jugó en bolsa con

mucha suerte. A la muerte de Arturo, le aconsejó invertir el director del banco en nuevas tecnologías, consejo muy beneficioso porque las acciones se dispararon. Jamás había tocado ese dinero, pues desde el principio pensó en nuestra herencia. Ella vivió con su sueldo, del que se sentía orgullosa.

Cuando terminamos de leer la carta, decidimos abrir las cajas de la residencia. En ellas había poca ropa, pues lo había dado casi todo antes de irse, tres cajas llenas de libros y una caja con 14 cuadernos con tapa de cartón grueso de color negro.

Sentimos mucha curiosidad y, al abrirlos, identificamos la letra de doña Paquita, pequeña, bella, artística, bien formada, con tinta negra y con reglones totalmente rectos, con muy pocas tachaduras.

Descubrimos siete cuadernos escritos y otros siete con bastantes recortes de periódicos, fotografías, fotocopias de documentos, de esquelas, de programas de fiestas, de cartas de sus antiguas alumnas, de abundantes dibujos, algunas cartas de amor de su marido, postales, etc.

Los cuadernos escritos estaban titulados Cuaderno primero, segundo y así hasta séptimo. Y los otros estaban titulados de la misma forma, de manera que cada cuaderno escrito se completaba con el de los recortes o fotografías.

Los cuadernos compañeros estaban divididos como en capítulos, con un número romano que se correspondía exactamente con el otro cuaderno.

Así, si en el cuaderno escrito hablaba de una defunción, en el cuaderno complementario estaba el recorte de la esquela. Cuando habló de su madre, en el otro puso la foto de su boda, totalmente ajada, no solo por el paso del tiempo, sino por los roces de los dedos sobre ella.

Esa noche no dormimos ni mi hermana ni yo, ni al día siguiente, después de la misa solemne, donde asistieron todos, hasta Almu de Madrid, pues empezamos a leer y ya no podíamos parar de hacerlo, y entre capítulo y capítulo comentábamos algunos reglones con risas y lágrimas incluidas o nos sorprendíamos por algunos hechos totalmente desconocidos por nosotros.

María y yo tomamos una decisión importante: publicar esos cuadernos tal como ella los había escrito, aunque no incluiríamos los cuadernos de dibujos, de fotografía, de recortes.

Lo pensamos así porque había fotos de personas ya muertas a los que no podíamos pedirle permiso y otras desconocidas por nosotros.

Queremos que este libro, editado por nosotros, sea un homenaje a ella, a esa mujer símbolo de toda una generación de esfuerzo y buen hacer. Una mujer con múltiples roles, pero que en cada uno de ellos, hija, amiga, madre, esposa, maestra, dio lo mejor de sí misma.

Gracias, doña Paquita.

Cuaderno primero

I

Presentación

Me llamo Francisca González Pérez, pero nadie me conoce por este nombre. Para todos soy doña Paquita, la maestra, ya convertida en una anciana de 83 años cumplidos.

Soy viuda desde hace mucho tiempo, aunque mi matrimonio no duró ni cuatro años, y desde hace cinco, con 78, salí de mi casa del pueblo, el que me acogió cuando cumplí los 20 años, para trasladarme a una residencia de ancianos en la capital. Una residencia elegida por mí, después de consultar las características de varias para seleccionar la que más se ajustase a mis preferencias.

Elegí una con un jardín bien cuidado donde abundan las flores en todas las estaciones del año y con habitaciones individuales grandes, capilla, servicio médico, terapeuta ocupacional e incluso peluquería.

Es un poco cara, pero con mi pensión y mis ahorros de los últimos años puedo permitírmela. Solo hay 50 ancianos, algunos de ellos matrimonios, pero la mayoría somos viudos, siendo mayor el número de mujeres, y pocos solteros o solteras. La elegí precisamente por ser céntrica y tener pocos residentes y por las instalaciones nuevas y limpias. Lleva poco tiempo abierta y el personal es muy amable y conoce bien el trabajo.

De salud estoy perfectamente y de cabeza mejor, pero me caí en la plaza del pueblo cuando iba a comprar pescado rompiéndome el brazo derecho, y, aunque tenía a Juana, que venía todas las

mañanas a casa, comprendí la necesidad de no estar sola y tomé la decisión de trasladarme a la residencia.

Una decisión muy difícil, muy meditada, y con todas mis emociones a flor de piel, llevada a cabo una mañana de septiembre, después de las fiestas.

Esa mañana, salí del pueblo sabiéndome querida de verdad, porque no hubo ni un solo vecino que no me mostrase su pena por mi marcha y también por las numerosas ofertas de ayudas recibidas para permanecer en él.

Esa mañana de septiembre cerré la puerta de la Casa del Maestro todavía asignada a mí, entregué la llave al alcalde, cerré mi casa del centro del pueblo en la calle del Salto y, con poco equipaje, pues lo regalé casi todo, me monté en el taxi de Andrés para emprender un nuevo rumbo en mi vida.

Cuando vivía en mi casa, la puerta nunca permanecía cerrada y jamás estaba sola, algunos entraban solo para darme los buenos días, otros para contarme unas noticias, otras para hacerme algún *mandao* y algunas a pasar el rato; y por la noche, algunas vecinas venían a ver conmigo la televisión, y por eso había un transitar de personas continuo entrando y saliendo.

Ahora estoy en mi habitación y echo de menos esas visitas; la puerta se abre solo para la limpiadora o cuando yo salgo al jardín.

La inmensa parte del tiempo estoy sentada al lado de la ventana leyendo o viendo la televisión pequeña comprada por mí, que gracias al beneplácito del director de la residencia, pude conectarla a la antena. En principio puso objeciones porque la sala de televisión donde se reúnen todos los residentes es también un lugar para favorecer las relaciones interpersonales, pero ante mi insistencia pude conseguirlo. Digo ante mi insistencia, pero en el fondo se lo debo al médico, quien habló con el director asegurándole que mis relaciones con todos los habitantes de la casa eran magníficas.

Hoy he tomado una decisión para ocupar mi tiempo y no dejarme llevar por el pesimismo que reina a mi alrededor. Estos cinco años han pasado muy rápidos y los días se me acortan cada

vez más. He leído muchas novelas, algunas releídas, porque desde siempre me han gustado los libros, olerlos recién comprados, acariciarlos y vivir con ellos las aventuras contadas; me he aficionado a ver películas antiguas en la tele, en ocasiones hago punto, aunque cada vez menos, pues me canso de la postura de los brazos, doy grandes paseos cuando el tiempo me lo permite y soy la confidente de muchas de las personas internas, sobre todo cuando entran en fase depresiva y pierden las ganas de vivir.

La vida es muy hermosa, aunque seamos ancianos y tengamos muy cerca el viaje, ¿por qué no disfrutar cada día, cada hora, cada segundo que amanece y nos regala la luz pintando de colores todo nuestro alrededor, y nos lanza los rayos del sol derritiendo el rocío y dándonos calor?, ¿no es una alegría vivir, sentir todas las mañanas el renacer de un día más?

Me suelo despertar muy temprano, cuando aún la obscuridad te deja extrañamente sola, sin nadie ni nada a tu alrededor. Solo tú y tus pensamientos, tus recuerdos, tus ilusiones, tus propósitos. En estos momentos permanezco en la cama, acurrucada, sin hacer nada. Es una manera nueva de despertarme porque, hasta hace unos años, saltaba de la cama y siempre tenía algo de faena y si no la tenía, me la inventaba. Ahora me pongo de lado mirando a la ventana y voy viendo como la obscuridad densa se va diluyendo, y de manera pausada los objetos van adquiriendo sus formas, hasta aparecer su imagen completa, como la del día anterior, configurando toda su realidad.

Estaban ahí y no los veía, y ahora los veo y sigue estando ahí. En ese despertar de los objetos, a veces los interpreto de formas diferentes, tomando la identidad de objetos no existentes realmente, pero sí en mi subconsciente, hasta que toman su forma real, la del día anterior, desapareciendo los imaginarios.

Y entonces, con estos pensamientos, me siento viva, me des-perezo, respiro, sonrío, todo esto porque el nuevo día trae nuevas esperanzas, quizás buenos momentos, quizás magníficos acontecimientos.

Cuando llega la enfermera de turno (yo sé que no son enfermeras, pero a ellas les gusta que las llamemos así), me ayuda en mi aseo diario, aunque me ducho todavía sola y no la necesito, pero es norma de la residencia y yo, cuando ingresé, acepté todas las normas.

Una vez vestida y desayunada, paseo por el jardín si hace bueno y leo un poco la novela de turno. Una vida muy tranquila y ordenada.

En la residencia se organizan sesiones de cine, actividades culturales, trabajos manuales e incluso se ha formado un coro para cantar en la misa de los domingos y en alguna fiesta importante. A veces asisto a alguna actividad, sobre todo a las culturales, ya que siempre me han atraído.

Los sábados y los domingos, la consulta del médico está cerrada y ningún residente lo echa de menos, a pesar de que a diario está totalmente llena. Estos dos días son días de visitas. La residencia se llena de risas, de gritos de nietos bulliciosos, de hijos atareados que descargan sus conciencias con unos pequeños obsequios, y se respira el ruido, se mastican esas risas.

Yo tengo las visitas de María y de Juan y siempre, en mi santo o en Navidad, vienen algunos de mis alumnos. Soy feliz cuando miro a mi alrededor y veo a mis compañeros alegres, felices, enseñando a sus hijos o nietos como trofeos o cuando ellos reciben besos o caricias de los suyos, porque son como inyecciones de ánimo para vivir la siguiente semana.

II

Importante decisión en mi vida

El otro día me planteé mi vida por unas palabras dichas sin ningún ánimo de molestar. Estaba sentada en el jardín cuando otro residente, Pascual, con el que hablaba de vez en cuando, se puso a mi lado y al preguntarle cómo estaba me contestó:

—Ya ves, esperando.

—¿Qué esperas?, hoy no es día de visita y posiblemente tus hijos no podrán venir porque todos trabajan —le dije muy sensatamente, pensando en un inicio de alzhéimer.

—No, no estoy esperando a mis hijos, estoy esperando al ángel de la muerte.

Esa respuesta me impactó y a la vez me produjo mucha inquietud. ¿Ángel de la muerte? Siempre a la muerte se le representa como un esqueleto con una guadaña para segar la vida. Es la primera vez que había oído referirse a ella de esa manera.

¿Por qué la llamaba así?, ¿será porque los ancianos estamos habituados a pensar en ella y la queremos edulcorar? Me gusta. Ángel de la muerte. Suena bien. Desde hoy yo también la llamaré así.

El ángel de la muerte. Todos vamos a morir y es cierto que él es el ganador de todas las batallas. Pero ¿por qué malgastar ni un solo día de la vida en esperarlo?

¡Esperando al ángel de la muerte! Esta simple frase tiene un trasfondo muy triste. Es conformarse con ser un anciano decrepito, sin ilusiones, sin esperanza, solo con la idea de no estorbar a

los hijos. Eso, pienso, aunque no lo digo en voz alta, es un suicidio prolongado en el tiempo porque es malgastar esos días de una etapa de nuestro vivir.

Le hablé de la belleza de la vida, del amor de sus hijos, de Dios, de la esperanza futura..., pero no conseguí nada. Ese hombre quería morir porque pensaba que su vida ya no valía nada. Estaba hundido, encorvado, como si llevase todo el peso del mundo, con la mirada perdida, triste...

Y tomé la decisión de no esperar a mi ángel de la muerte. Seguro que vendría pronto, pero yo viviría cada día como si no existiera, me burlaría de él y no dejaría de ver lo positivo de vivir cada día. Efectivamente, yo no voy a esperar a la muerte.

¿Y cómo iba a hacer para camuflarme? Pensé mil maneras de enfrentarme a ella, con ocupaciones, con mejorar mi salud, con cuidar mi aspecto, etc. y al final decidí escribir todos los días mis recuerdos para traer al presente todos los acontecimientos de mi vida.

Porque voy a vivir otra vez mi historia, voy a escribir para recordar cada momento de ella y cada día que escriba será un triunfo en mi lucha contra ese ángel.

Cada uno es su presente, pero condicionado por su pasado. Esa época vivida, con sus alegrías, sus frustraciones, son parte de ti y te han hecho ser lo que eres y ese pasado junto al presente pintará tu futuro. Esto no es determinismo, es una realidad vital. Pero en el zurrón donde guardamos nuestros recuerdos, hay algunos dormidos, latentes, casi desconocidos para nosotros mismos, y junto a ellos, hay otros nítidos, transparentes, que se evocan constantemente y te bailan en tu mente. Pero todos tienen el mismo valor para tu vida. Por eso he decidido hacer un esfuerzo y recodar y recordar, para vivirlos de nuevo, para volver a vivir mis miedos, mis fracasos, mis éxitos.

Aparentemente seré esa anciana tranquila que lee y pasea, pero, en mi interior, seré la niña de las trenzas, la adolescente tímida, la maestra recién llegada al pueblo y la mujer madura en quien todos

confiaban, o también la anciana tranquila, serena, preocupada por los demás, mi imagen actual.

No puedo predecir si solo reviviré mi infancia, mi adolescencia o mi madurez. No lo sé, voy a convertir ese tiempo de espera en tiempo de vivencias y cada día será una victoria. Estoy convencida de que nadie leerá este cuaderno, pero yo escribo para mí y solo para mí, para recordarme quién soy, de dónde vengo y qué he hecho con mi vida.

Este es mi propósito, mi afán de cada día, y hoy sin falta empiezo esta tarea esperanzadora, porque me han traído unos cuadernos y un bolígrafo, aunque escribo mejor con la pluma de toda la vida de trazo grueso y con tinta negra, usada desde hace muchos años.

Mañana naceré de nuevo y, aunque algunas cosas que cuente no serán las verdaderas, las objetivas, bien porque no las recuerde o bien porque me las han contado, yo las he hecho mías y ya no sé si son de mi propia cosecha o de la de los demás. Pero están ahí, en mi mundo interior, danzando constantemente en mi subconsciente y ya no importa su procedencia, porque es mi bolsa que está casi llena y es mía.

III

Origen

Nací en Granada, en una casa importante de la calle Las Tablas, en el centro de la ciudad, el día 20 de enero de 1930. Era la pequeña de cuatro hermanas: Antonia de diez, Carmen de siete e Isabel de cinco años. Vivíamos en una casa importante de gente de gran influencia y poder económico, pero nosotras éramos las hijas de la criada Antonia.

De esa época tengo muy pocos recuerdos, solo el miedo y el terror que me producía la señora, doña Amparo, aunque este nombre no lo conocí hasta varios años después. Era la señora. Alta, delgada, con manos finas y cuidadas, todo lo contrario de las de mi madre, manos gordas, llenas de sabañones y muy ásperas, pero manos que expresaban ternura y amor en cada una de las caricias hechas a mis hermanas o a mí en las noches, cuando cansada y agotada del trabajo se sentaba en la cama y nos peinaba tatareando una canción de su juventud de la que, en muchos momentos, olvidaba la letra.

La señora estaba siempre en el primer piso, en una habitación donde existía un sofá tapizado en seda, de rayas blancas y rosas. Este permanecía siempre tapado con una tela basta, pero cuando sonaba la campana de la puerta, desaparecía como por encanto, dejando el sofá en todo su esplendor. Era un sofá espléndido. En esta sala había mil cachivaches en todos los rincones, pero el sofá era el rey de la habitación.

La señora tenía una campanilla para llamar al servicio cerca de la mesa donde pasaba casi todo el día, en esa sala de estar, identificando a cada una de las criadas por el número de campanazos dados. Mi madre respondía al que hacía tres y la Señora la llamaba mil veces al día para regañarla o mandarla a hacer los trabajos más duros de la casa.

Las muchachas de servicio y nosotras cuatro vivíamos en las falsas de la casa y junto a la habitación de las otras criadas, quienes compartían no solo la habitación, sino los dos armarios existentes, mi madre tenía un dormitorio con dos camas: en una dormía ella con mi hermana Carmen y en la otra mi hermana Antonia con nosotras dos, las pequeñas.

¡Cómo me acuerdo de Consuelo! Era una de las otras criadas de la casa. Se llamaban Piedad, María y Mónica y esta última, al estar casada con el chofer de la casa, por la noche se marchaba a la suya propia.

Nosotras, mis hermanas Carmen e Isabel, no podíamos pisar la planta principal porque la Señora lo tenía terminantemente prohibido. Solo bajábamos a la cocina, que daba a un patio, el cual separaba las estancias ricas de la casa del resto, la cocina, la despensa, el ropero y las dependencias de servicio.

De los dos primeros años no guardo ningún recuerdo negativo, solo el miedo horrible a la señora y a María, la criada más vieja y desagradable y la que, en algunas ocasiones, me pellizcaba sin motivo o nos reñía o nos pegaba a mis hermanas y a mí.

Consuelo me protegía de esta y yo me refugiaba en ella cuando María estaba presente. Piedad también se portaba bien con nosotras, aunque no nos tenía el cariño de Consuelo. Recuerdo a María siempre con cara de mal humor y refunfuñando:

—No sé por qué la señora permite estar aquí a estas estúpidas niñas.

En otras ocasiones balbuceaba:

—Si yo fuera la señora, las echaría de mi casa.

Mi madre oía esto y se callaba, cosa que yo no entendía, pero Consuelo salía en nuestra defensa y la callaba con frases que no recuerdo, pero que intuía después.

IV

Motivo del odio de la señora a mi madre

La señora continuamente tañía los tres toques de campana y mi madre dejaba todo para correr a su presencia. Los trabajos más duros y repugnantes de la casa los hacía mi madre, quien con la cabeza baja y con una sonrisa los realizaba sin replicar, alterando e irritando profundamente a la señora.

Por la mañana, al ser de día, en invierno, mi hermana Antonia y ella tenían la obligación de encender con picón, traído por Mónica la tarde anterior, los cuatro braseros para los cuartos que usaba diariamente doña Amparo: la sala de estar del sofá de seda, el dormitorio, el tocador y el comedor.

Después bajaban al primer piso, limpiaban la gran estufa que estaba junto al piano y la volvían a encender con leña acumulada en la gran bodega de la parte exterior de la casa, y hacían la misma operación con la estufa de despacho del señor. Luego sacaban los orinales, los fregaban y los ponían en el armario existente en la galería que cubría la parte del primer piso que daba al patio.

Una vez realizadas estas tareas, mi madre seguía y seguía las órdenes de doña Amparo, pero Antonia tenía tiempo para subir a las falsas, vestirme a mí y bajarnos a la cocina a tomarnos un vaso de leche con pan mojado que sabía a gloria.

Después de desayunar, nos llevaba al desván y nos recordaba:

—No hagáis ruido —y siempre soltaba la misma frase—, enseguida vengo por vosotras.

Y cerraba la puerta con llave hasta la hora de comer. Si necesitábamos orinar u otras necesidades, mi hermana nos dejaba un cubo grande que siempre se llenaba.

Tengo una escena en mi cabeza grabada como una pintura: yo sentada en el suelo con mi muñeca de trapo hecha por Consuelo y Carmen e Isabel subidas en una silla antigua, agarradas a los barrotes mirando por la ventana, y a mis oídos llegaban canciones como: «Al pasar la barca, le dijo el barquero, las niñas bonitas, no pagan dinero» o «Al corro de la patata...».

¡Qué envidia reflejaban sus caras! De eso me di cuenta cuando yo también me subía a la silla para verlas saltar o jugar...

Por la tarde, después de comer, estábamos encerradas en nuestro cuarto hasta la hora de cenar en la cocina.

¿Cuándo salíamos de esta monótona vida? Solo los domingos, y aunque al principio la señora se opuso a nuestras salidas, el cura que la visitaba, don Anselmo, la convenció de que, como buena cristiana, presidenta de varias asociaciones pías e hija de María, tenía que perdonar y hacernos buenas cristianas aprendiendo el catecismo y cumpliendo con la Santa Madre Iglesia.

Y este argumento supuso para nosotras cuatro una liberación, una salida el jueves por la tarde a la parroquia con los demás chiquillos pobres del vecindario, pues los de buena posición iban los miércoles, y la salida de los domingos a misa con mi madre y una media hora de paseo por los jardines cerca de la iglesia. Bendito don Anselmo, que nos proporcionó esta felicidad tan grande.

Hay una escena que todavía recuerdo con amargura. Sobre las 11 o 12 de la noche, en la puerta de nuestra habitación se oían unos golpes y una voz que decía:

—Antonia, date prisa.

Mi madre, despacio, salía de la habitación y volvía a la media hora, se metía en la cama y se oía su llanto junto al de mi hermana Antonia.

Algunas veces mis hermanas le preguntaron dónde iba y ella siempre explicaba distintos motivos: a poner leña a la estufa, a preparar un vaso de leche para la señora, a sacar un orinal...

Pronto dejaron de preguntar. Lo cierto es que, a la mañana siguiente de estas llamadas a la puerta, doña Amparo estaba de muy mal humor y trataba peor a mi madre.

Algunos años después descubrí el motivo de esas llamadas continuas a la puerta, cuando supe que Carmen, Isabel y yo éramos hijas de don Daniel, el señor de la casa.

¿Cómo llegó a esto? Mi madre era viuda de un joven jornalero de una de las fincas de don Daniel. Entonces mi madre tenía 20 años, era regordeta, morena, con ojos negros, grandes, y una figura llena de curvas, pero muy proporcionada. La única foto que conservo de ella es la de su boda con Paco. Están los dos juntos, ella vestida con un traje negro y un sombrero en la cabeza, guapísima, y él con un traje de pantalón muy desgarrado, sin boina, aunque en la foto parece que la llevaba, porque la diferencia del color en blanco y negro, entre la cara y la frente, era muy sugerente.

Según me contaba mi hermana Antonia, bueno, hermanastra, pues ella era hija de Paco, su infancia fue muy feliz, con mucho trabajo, pero llena de caricias y amor por parte de sus padres. Pero un día Paco, en mitad de la siega, se clavó una de las hoces oxidada en la pierna y murió de tétanos poco después.

Y se planteó un gran dilema. Mi madre solo tenía un hermano que emigró a Argentina y del que nunca más supo y unos primos lejanos tan pobres como ella.

¿Qué iba a hacer una viuda con una hija, sin recursos ninguno? Tendría que ponerse a trabajar quizás solo por la comida en casa de alguna señora rica que necesitase criada. Pero ¿quién iba a contratar a una criada con esa rémora, una hija pequeña?

El cura de la pedanía donde estaba la finca le aconsejó llevar a Antonia a un hospicio que existía en Armilla y así sería más fácil encontrar trabajo. Antonia lloró y lloró y entonces apareció don Daniel, que ya le había echado el ojo a mi madre, y solucionó el gran problema:

—Se viene a mi casa. Mi mujer necesita una criada, y Antonia es de fiar y muy trabajadora. Además, su marido ha sido obrero

mío y por una obra de caridad, no separaré a una hija de su madre.

Y así empezaron las llamadas a la puerta del dormitorio de la nueva criada y, por consiguiente, los nacimientos de mis hermanas y el mío.

Carmen me contó que, antes de nacer yo, mi madre tuvo un aborto, porque se cayó por la escalera cuando llevaba la leña a la estufa. No lo dijo con estas palabras, sino con otras llenas de rencor e incluso malsonantes, expresiones desconocidas para mí, pero por los gestos y la ira reflejada en su cara, intuí que debían ser muy malas.

Todos sospecharon que esa caída no fue un accidente, sino algo más, pero no se supo ni se habló nada del posible empujón dado por María.

Lo cierto es que cuando mi madre estaba preñada de mí, me contaron que don Daniel, en cuanto empezó a notarse el embarazo, se encerró con su mujer en el despacho y los gritos se oyeron por toda la casa, y en esos meses de espera antes de mi nacimiento, no volvió a cargar leña ni a hacer trabajos peligrosos, como descolgar cortinas o limpiar las lágrimas de cristal de la lámpara del salón.

Fue, según contaban en la cocina, la única vez que don Daniel gritó y amenazó a la señora, pues cuando esta montaba en cólera por cualquier circunstancia, él, muy digno, cogía su sombrero y su bastón y salía de la casa impertérrito, tardando varias horas en volver y, en ocasiones, algún día después.

Mis otras dos hermanas eran como mi madre: morenas, de grandes ojos negros, no muy altas y rellenitas. Sin embargo, yo tenía el pelo casi rubio, muy rizado, los ojos azules, muy azules, era alta, delgada y tenía una mancha oscura en el cuello por la parte de detrás del tamaño de una nuez, similar a la de don Daniel.

Este, de vez en cuando, nos llamaba al despacho a las tres, nos miraba y decía cualquier tontería, como «Habéis crecido mucho», o nos preguntaba si aprendíamos mucho en el catecismo o simplemente si estábamos bien.

Después se levantaba del sillón de detrás de la mesa, se acercaba a nosotras y nos daba un cartucho de caramelos. Y en alguna ocasión me acariciaba la cara o me removía los pelos.

Esa era toda su relación con nosotras.

De todo esto que cuento, una parte es oída en la cocina entre las mismas criadas o contada por mi hermana Antonia y otra parte, de lo que supe años después.

Pero ¿esto afectó a esos primeros años de mi vida? Creo que solo el horror a la señora empaña mis recuerdos felices. Mi madre me quería, Consuelo me adoraba, mis hermanas y yo jugábamos mucho, me contaban cuentos, me cuidaban, me hacían sentir como una princesa y era ignorante de la tragedia encerrada en la casa.

Hoy, con la distancia de esos hechos, el miedo y el pánico despertados en mí por doña Amparo se han transformado en lástima y en perdón. Era mala, mala con nosotras, porque éramos el vivo testigo de su incapacidad de tener hijos, pues su marido demostraba con nuestra presencia su esterilidad. Y tendría que producirle náuseas ver a los hijos del marido con otra mujer en su propia casa.

Ante sus amigas y conocidas decía:

—Pobrecillas, las saco del hospicio de Armilla porque así hago una obra de caridad. No me traigo niños porque a las niñas las preparo para ser criadas y darles un porvenir el día de mañana. No me traigo más porque me dan mucho trabajo.

Pero las amigas y conocidas, que delante de ella asentían y la alababan por su buen corazón, a las espaldas se reían y se mofaban de su situación. Algunas de ellas estaban en su misma situación, pero ninguna tenía a los hijos del marido en su propia casa.

Son la ocho de la noche y la cena va a empezar de un momento a otro. Voy a cerrar el cuaderno, levantarme para ir al comedor, y pienso en la pobre señora, en lo difícil que fue su vida, y casi puedo disculpar su comportamiento.

